



Relatos pal Desolvido

Narrativas de la Verdad Histórica

9



Retén



Centro Nacional
de Memoria Histórica

Relato pal desoldido n.º 9

Retén

Relato pal desoldido derivado del informe *El estallido de un trueno ajeno. Memorias de sobrevivientes al Bloque Catatumbo*, tomo I, n.º 20 de la serie Informes sobre el Origen y la Actuación de las Agrupaciones Paramilitares en las Regiones. Bogotá, CNMH, 2023. 580 págs.



Centro Nacional
de Memoria Histórica

Retén

Relato pal Desolvido n.º 9.

Colección • Relatos pal Desolvido
Narrativas de la Verdad Histórica

Centro Nacional de Memoria Histórica

María Gaitán Valencia
(2022- agosto 2026)
Carlos Mario López Rojas (e)
(agosto 2026)

Dirección General

Carlos Mario López Rojas
**Director técnico de la Dirección
de Acuerdos de la Verdad (DAV)**

Natalia Escobar Sabogal
**Línea conceptual, metodológica y
articulación técnica de los proyectos
de investigación-creación.**
**Apropiación Social de la Verdad
Histórica. DAV.**

Juan Biermann López
Investigación, redacción y edición

Fabián Carvajal Álvarez
Diseño, diagramación e ilustración

Carlos Mario López Rojas
Natalia Escobar Sabogal
Vanezza Escobar Behar
Julian Esteban García Romero
Lina Margarita Perea Mojica
**Apoyo y acompañamiento a la revisión
técnica**

Daniel Fernando Polanía Castro
**Profesional especializado Estrategia
de Comunicaciones**

Linda Carolina Rodríguez
Edición

Gustavo Adolfo Patiño Díaz
Corrección de estilo

Primera edición: agosto 2026

Número de páginas: 24
Formato: 10,5 x 14,8 cm

ISBN impreso: 978-628-7948-03-7
ISBN digital: 978-628-7948-04-4
Imprenta Nacional de Colombia
Impreso en Colombia - Printed in
Colombia
Queda hecho el depósito legal

© Centro Nacional de Memoria Histórica

Carrera 7 # 32-42, pisos 30 y 31
Bogotá, D. C., Colombia
PBX: (601) 7965060
comunicaciones@cnmh.gov.co
www.centrodememoriahistorica.gov.co

Cómo citar:
Centro Nacional de Memoria Histórica.
(2026). *Retén*. CNMH.

Los nombres de todos los personajes
que protagonizan estos Relatos pal
Desolvido son ficticios.

Este libro es de carácter público.
Puede ser reproducido, copiado,
distribuido y divulgado, siempre y
cuando no se altere su contenido, se
cite la fuente o, en cualquier caso, se
disponga la autorización del Centro
Nacional de Memoria Histórica



Centro Nacional de Memoria Histórica.

Retén / Centro Nacional de Memoria Histórica; investigación y
redacción Juan Biermann López; diseño, diagramación e ilustración
Fabián Mauricio Carvajal Álvarez; edición Linda Carolina Rodríguez;
línea metodológica y conceptual Natalia Escobar Sabogal. -- Primera
edición. -- Bogotá, Colombia : CNMH, 2026.

24 páginas : ilustraciones. -- (Relatos pal Desolvido ; n.º 9).

ISBN impreso: 978-628-7948-03-7

ISBN digital: 978-628-7948-04-4

ISBN colección impreso: 978-628-7792-55-5

ISBN colección digital: 978-628-7792-69-2

1. Memoria histórica – Colombia 2. Conflicto armado – Colombia
3. Paramilitarismo 4. Violación a los derechos humanos 5. Narrativa
testimonial I. Biermann López, Juan, investigador y redactor. II. Carvajal
Álvarez, Fabián Mauricio, ilustrador y diseñador. III. Escobar Sabogal,
Natalia, línea conceptual y metodológica. IV. Centro Nacional de
Memoria Histórica. V. Serie. VI. Título.

CDD: 303.66

CO-BoCMH

I

Muy temprano, el viernes 28 de mayo de 1999, Tito empacó en su mochila un par de mudas, cepillo de dientes, toalla y jabón, y agarró la moto con rumbo norte, a La Gabarra, tomando la única ruta posible: una carretera de unos 180 kilómetros que, a medida que por ella se avanzaba, peor era su estado.

Monte espeso, humedad pegada al cuerpo, el verde cerrándose sobre la vía como queriendo engullirla. Tito avanzaba sin afán, sin pensar en nada, pendiente solo de si veía algo que confirmara los rumores.

Parqueado cerca del puente de Socuavó —unos 20 kilómetros antes de llegar a La Gabarra—, Tito vio un camión del Ejército y algunos soldados conversando.

Faltando unos 10 kilómetros para llegar al casco urbano de La Gabarra, vio una cuerda que atravesaba la vía. Tres hombres armados. Uniformes desiguales. Pelo corto y afeitados.

Botas militares, no pantaneras. Uno levantó su palma abierta. Tito frenó, apagó la moto, se bajó, se quitó el casco y desamarró la mochila de la parrilla para facilitar su registro.

—Documentos.

Tito entregó la cédula. El hombre la revisó y buscó el nombre en unas listas. Mientras tanto, otro uniformado se ubicó detrás de la moto y se puso a revisar la mochila. El tercero requisó a Tito, al tiempo que lo interrogaba:

—¿Pa dónde va?

—Pa La Gabarra.

—¿Y eso?

—A visitar a mi mamá.

—¿Ella cómo se llama?

—Evelina Muñoz.

El hombre detuvo la requisa y le gritó al que tenía la cédula:

—Busque también el nombre «Evelina Muñoz» —retomó la requisa y las preguntas—: ¿Cuántos años tiene?

—Yo, 53. Mi mamá, si mal no estoy, este año cumple 80.

—¿Y no le trajo ningún regalo? —preguntó el uniformado a espaldas de Tito, sin dejar de hurgar en la mochila.

—Ya la viejita está muy viejita. Vengo es a hacerle compañía, por lo del Día de las Madres.

—¿Y cuánto tiempo pensaba estar en La Gabarra? —preguntó un cuarto uniformado que apareció como de la nada, llevando radio y visiblemente menos joven que los otros tres.

—Hasta el domingo.

—¿Aparece en las listas? —preguntó este cuarto uniformado al que tenía la cédula.

—Ni él ni la mamá aparecen, mi sargento.

—Va a ser que no puede pasar —habló el sargento, mirando a Tito.

—¿Y entonces?

El del radio recibió la cédula, la miró, comparó la foto con quien tenía enfrente y se la entregó, preguntando:

—¿De dónde viene?

—De Cúcuta.

—No es tan lejos. Si arranca de una vez, llega pa almorzar.

—Va a haber mierdero, ¿cierto? —dejó escapar Tito.

—Todo lo contrario. Lo que viene es la ley y el orden.

Tito no insistió. Guardó su cédula, cerró y amarró la mochila a la parrilla de la moto y, con el casco puesto, partió de regreso a Cúcuta, pensando que su mamá no tenía teléfono en la casa y que, de enviarle un telegrama, quién sabe cuándo le llegaría.



II

Al día siguiente, sábado 29 de mayo de 1999, poco antes de mediodía, a la casa de doña Evelina llegó Dayana, la vecina treintañera de la casi octogenaria. Sin necesidad de insistir demasiado, la aún joven logró que doña Evelina aceptara la invitación a almorzar ese mismo día para celebrar en familia el Día de la Madre.

Doña Evelina vivía sola desde hacía unos veinte años, cuando su hija menor se fue a buscar suerte a Venezuela, donde halló trabajo y marido, y al pueblo no volvió.

En casa de Dayana, doña Evelina saludó a Andrea, de 8 años, y a Edwin, de 5, quienes la ayudaron a sentarse, mientras Octavio, padre de los niños y esposo de Dayana, le alcanzó un vaso de limonada.

El almuerzo —rampuchada con arroz, yuca y patacón— satisfizo a los comensales. Por ser día especial, hubo postre: queso costeño con melao. A doña Evelina le pareció muy dulce y dejó que entre Andrea y Edwin se lo repartieran.

La calma de sobremesa fue abruptamente interrumpida por el arribo de Sandra —vecina también de la cuadra—, que, sin siquiera saludar, entró y dijo:

—¡Pusieron retenes en las dos salidas del pueblo!

—¿Quiénes? —preguntó Dayana.

—Los paracos del dizque Bloque Catatumbo —respondió—. Quieren encerrar La Gabarra porque dicen que aquí hasta las gallinas son guerrilleras. Y vienen con listas de la gente que vienen a ma...

Ante un gesto de Dayana, señalando a Edwin y a Andrea, Sandra se contuvo y no concluyó la frase. Vino después un silencio, guardado incluso por los pájaros que, hasta poco antes, aún cantaban. Silencio finalmente roto por doña Evelina:

—Yo no me pienso ir, aquí he vivido y aquí me quedo.

Nadie la contradijo de inmediato. Dayana, Octavio y Sandra conversaron a media voz. Tomaron decisiones. Luego Sandra partió y, con ayuda de los niños, Octavio se puso a empacar, mientras Dayana se encargó de convencer a doña Evelina de marcharse con ellos.

—Hasta un favor me harían —replicó doña Evelina tras escuchar de Dayana los riesgos que implicaría quedarse.

—Mi doña —le respondió Dayana—, no diga esas cosas. Se lo estoy pidiendo como un favor. Para mis hijos, usted es la abuelita. Y si no viene con nosotros, nos la pone más difícil.

—Si salimos, no nos dejarán volver.

—Es posible —concedió Dayana—, pero, para saberlo, hay que seguir con vida.

Doña Evelina cedió, pero con una condición: «No me voy sin mi mecedora». Y así fue: Octavio se amarró la mecedora a la espalda, con Evelina allí sentada, llevando sobre sus muslos una caja

de cartón con alguna ropa, una olla tiznada, una olleta con abolladuras, dos platos —uno pando, otro hondo—, cubiertos, un juego de sábanas y un cuadro con la imagen de la Virgen de la Tablita, santa patrona de la región.

Al llegar a la orilla del río Catatumbo —que bordea el límite norte de La Gabarra—, tras abrirse paso entre la multitud cargada de enseres que también buscaba una barca que pudiera sacarlos de ahí—, viendo el panorama, Octavio descargó la mecedora con su pasajera y se puso a buscar quién los podía llevar.

—Ya encontré una —dijo Octavio tras casi dos horas de búsqueda—, pero solo llevan mujeres y niños al otro lado de la frontera —miró a los niños y apretó brevemente las manos de Dayana—. Nos vemos después en Cúcuta, en la casa de mi hermano.

Dayana, con los ojos empañados, tomó de la mano a Andrea y a Edwin, cargando a su espalda la pesada tula en la que había guardado lo que consideró imprescindible. Octavio, con la mecedora y doña Evelina a cuestas y con una maleta en cada mano, se abrió paso entre la gente al grito de «¡Llevo mujeres y niños!».

Una vez ubicada su familia y doña Evelina en la canoa —la mecedora ahora servía para acomodar y asegurar más equipaje—, Octavio se despidió hasta ver cómo se alejaban.

El viaje fue largo, pese a la corriente favorable. Siendo ya de madrugada la embarcación llegó a destino: Casiguá-El Cubo, en el estado de Zulia, República de Venezuela. Pese a la hora, la actividad allí no cesaba. Al desembarcar, nadie les pidió papeles, no les hicieron preguntas. Los recién llegados eran conducidos a una escuela cercana, convertidos sus salones en improvisados refugios humanitarios. Con ayuda de

otras pasajeras, pudieron cargar la mecedora de doña Evelina.

Una vez en la escuela, recibieron agua y algo de comida. Mientras compartían alimento, Andrea preguntó por qué había un Día de las Madres y no había un día de las abuelitas.

—Las abuelitas —contestó doña Evelina conmovida— también somos madres.

—Entonces —habló el pequeño Edwin—, el Día de las Madres reciben dos regalos.



III

Los planes de Tito de intentar otra vez entrar a La Gabarra se terminaron de desinflar el viernes siguiente, 4 de junio de 1999, al ver la primera plana de *La Opinión*, diario cucuteño de distribución departamental, en la que se leía en su titular principal: «En La Gabarra están vivos, pero muertos del miedo», acompañado por una foto de una embarcación —similar a la que llevó a doña Evelina a Venezuela— sobre el río, atestada de gentes humildes con las pertenencias que alcanzaron a sacar.

Tito agarró el ejemplar, miró de cerca la foto —quizá buscando a alguien— y leyó su pie: «Las canoas son el único vehículo que tienen a la mano los habitantes de La Gabarra para escaparse de la muerte». No quiso leer más, no quiso enterarse de que la cifra de desplazados ya se contaba por miles. Devolvió el periódico al gancho del que pendía y siguió su camino, con las manos en los bolsillos para limpiarse la tinta que el sudor de sus yemas se había llevado de *La Opinión*.

Con el pasar de los días y las semanas, todo se puso peor. No solo las masacres en la misma Cúcuta —en especial, en el barrio Niña Ceci, no lejos de donde vivía Tito— durante junio de 1999, sino también en pueblos de la región, como Versailles, Pacelli, Veinte de Julio, así como en el puente de Socuavó, donde se consolidó un retén en el que se hizo frecuente ver ejecuciones y cuerpos que flotaban en el río. Y luego, en julio, más masacres: en Carboneras, en Tibú y sus alrededores, ante la total inacción del Ejército desplegado en la zona.

Sin embargo, fue en agosto cuando los temores de Tito tomaron cuerpo: el sábado 21 de ese mes, según informaron medios locales, en La Gabarra y sus alrededores masacraron indiscriminadamente a muchos de los que habían decidido no huir.

Tito pensó en su madre. Se la imaginó en su eterna mecedora, el mentón descansando sobre el pecho, el cuerpo hecho un colador.

Con fuerza, como sacudiéndose un mico que se le hubiera trepado, Tito agitó la cabeza. Esa última imagen quiso desterrarla de su mente. Supo entonces que solo había una forma de lograrlo: debía salir a buscarla, no ya en La Gabberra, sino en Ocaña, incluso en Tibú o en El Tarra. De ser el caso, indagar en Venezuela, en San Antonio o en otros puntos de frontera. Solo si la hallaba, le volvería el alma al cuerpo.





Si quieres leer y conocer más sobre este informe, escanea con tu celular el siguiente código QR:



O ingresa al siguiente enlace:



<https://centrodememoriahistorica.gov.co/el-estallido-de-un-trueno-ajeno-memorias-de-sobrevivientes-al-bloque-catatumbo-tomo-i/>

Relatos pal Desolvido

Narrativas de la Verdad Histórica

Este libro se terminó de imprimir en la
Imprenta Nacional de Colombia en
agosto de 2026.

Se utilizó papel earth pact y se emplearon
las familias tipográficas Elephant, Noto
Serif y Georama



Una mañana de mayo de 1999, Tito sale de Cúcuta rumbo a La Gabarra, con la intención de visitar a su mamá por el Día de la Madre. Poco antes de llegar, un retén de los paramilitares del Bloque Catumbó le impide seguir y lo obliga a regresar. Del otro lado, en La Gabarra, doña Evelina, madre de Tito, se niega a abandonar su mecedora y su pueblo. *Retén* es una historia sobre lo que implica el desplazamiento forzado, tanto para sus víctimas directas, como para los familiares que no saben qué habrá pasado con sus seres queridos.
